El alfeñique humanidad se estremeció con terror pánico.

El mundo se arrodilló implorando misericordia.

I la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, la muerte inviolada e inviolable, se hundió, murió llevándose entre sus dedos, crispados por la agonía, millares de vidas, millares de hombres.

Todo había concluído. Naturalmente no hubo quien le arreglara funerales.

FRANCISCO ZÁRATE RUZ.

---

# PAUL VERLAINE

HABÍAMOS traspasado apenas los veinte años cuando nos conocimos Paul Verlaine i yo, cuando cambiamos nuestras primeras confidencias, cuando nos leímos nuestros primeros versos. Vuelvo a ver, en este instante, nuestras dos frentes inclinadas fraternalmente sobre la misma página; vuelvo a sentir por el recuerdo, con todo su ardor primitivo, nuestras admiraciones i nuestros entusiasmos de entonces, i evoco nuestros viejos ensueños. Eramos dos niños, i confiados íbamos hacia el porvenir. Pero Verlaine no encontró a la experiencia, a la fría i segura compañera que nos toma rudamente de la mano i nos guía por el escabroso camino. Permaneció siempre siendo un niño. ¿Hai que tenerle lástima? Es tan amargo llegar a ser un hombre, un prudente, no correr más sobre el libre camino de su antojo por miedo de caer; no cortar más la rosa de la voluptuosidad por temor de herirse con las espinas, i no tocar a la mariposa del deseo pensando que se volverá polvo en nuestros dedos! Dichoso el niño que ha sufrido crueles caídas, que se levanta lleno de lágrimas, pero que olvida al punto el accidente del sufrimiento i abre de nuevo sus ojos aún húmedos de llanto, sus ojos ávidos i encantados sobre la naturaleza i la vida! Dichoso también el poeta que, como nuestro pobre amigo, conserva su alma de niño, su frescura de sensaciones, su deseo instintivo de caricias; que peca sin perversidad, tiene sinceros arrepentimientos, ama con candor, cree en Dios i le ruega humildemente en las horas sombrías, i le dice ingenuamente cuanto piensa i cuanto siente con encantadoras torpezas i rudezas llenas de gracia!



Dichoso ese poeta, lo repito, recordando todo lo que Paul Verlaine ha sufrido en su cuerpo enfermo i en su doloroso corazón, pues ¡ai! como el niño, estaba sin defensa ninguna i la existencia lo ha herido cruelmente i a menudo. Pero el sufrimiento es el rescate del genio, i tal palabra puede pronunciarse hablando de Verlaine, pues su nombre despertará siempre el recuerdo de una poesía *absolutamente nueva* i que tiene en las letras francesas la importancia de un descubrimiento.

Sí, Verlaine ha creado una poesía que es de él sólo, una poesía de una inspiración que es a la vez ingenua i sutil, hecha toda de matices i evocadora de las más delicadas vibraciones de los nervios, de los más fugitivos ecos del corazón; una poesía natural no obstante, brotada de manantial, i aún popular a veces; una poesía en que los ritmos libres i rotos, guardan una deliciosa harmonía, en donde las estrofas giran i cantan como una ronda infantil, en donde los versos, que son versos entre los más exquisitos, llegan a ser música. I en esa inimitable poesía nos ha dicho todos sus ardores, todas sus faltas, todos sus remordimientos, todas sus ternuras, todos

sus sueños, i nos ha enseñado su alma tan tormentosa, pero tan ingenua.

Tales poemas están hechos para perdurar; i yo lo atestiguo, los compañeros de la juventud de Paul Verlaine, que sin embargo han dado el mayor esfuerzo en su arte, renunciarían a las dulzuras i a las vanidades de una dichosa carrera, i aceptarían los días sin pan i las noches sin albergue de «Pauvre Lelian,» si estuvieran seguros, como él, de dejar a ese precio algunas páginas duraderas i de ver florecer sobre sus tumbas el laurel inmortal.

La obra de Paul Verlaine vivirá. En cuanto al despojo lamentable i maltratado, no podemos, pensando en él, más que asociarnos a las conmovedoras oraciones de la Iglesia Cristiana, que para los muertos sólo pide el reposo, el eterno reposo.....

Pobre i glorioso poeta, que parecido a las frondas, ha gemido más a menudo que cantado. Desdichado amigo que yo amaba siempre i que no me ha olvidado! En tu agonía reclamabas mi presencia, i he llegado mui tarde, pensando que en efecto está mui próxima la hora en que deba obedecer a tu llamado. Pero su alma i la mía han esperado siempre, qué digo, han creído siempre en un asilo de luz i de paz en que todos seremos perdonados, purificados—pues quién tendría la hipocresía de proclamarse inocente i puro?—i allá será en pleno ideal donde te doi mi cita i te responderé: Heme aquí.

FRANÇOIS COPPÉE.

---



# CUATRO MOTIVOS

### ANTE UNA ESPADA.

Por qué su acero me recuerda las pupilas de una mujer? Como en la espada, la traición vive tras de la cortina de las pestañas. Si a mansalva su mortal punta atravesó el pecho de un cruzado, cuántos ojos color de acero han deshecho corazones de creyentes!

Flexible como el talle de una mujer, coqueta, limpia, vive en la panoplia del coleccionista i sobre su hoja, cabalísticos signos evocan pueblos extraños. Es oriental, quizás persa, su pomo de misteriosas piedras zodiacales tienen un enigma i en su recia guarnición se adhiere el estrecho cuerpo de una serpiente: ¡fatal símbolo!

La odio cuando la veo inerte en el indolente regazo del viejo escudo. No vibraría airada para defender una santa causa, no velaría por la virginidad de una hija ni por el honor de una esposa, no se ceñiría a la cintura de un visionario príncipe conquistador, ni su pomo de astrales destellos sería acariciado por la mano noble de un bravo capitán; sino diabólica i pérfida centellearía en el brazo nervudo del asesino, pronta a hundirse en el pecho indefenso o en la espalda descuidada.

I allí, en la manoplia severa, su frío i azulado acero duerme con la ironía odiosa de una mujer infiel.....!

---

### ROMANZA DE TENOR

Para Giacomo Pucini
en italia.

¡El no está en vena! Ni el soneto pomposo, ni el femenil rondel surgen del cerebro del bardo; sino vienen los versos, llega la Poesía: es Mimí.

Débil, pálida, supremamente bella i tristemente buena. Sobre su cabecita de ave cae la luna.—Selene, madre del poeta, madre del músico, madre del pintor, madre del filósofo,—argentea en la bohardilla donde la reina Miseria tiene su trono en el desvencijado sillón i su corona de laurel. Mimí tiene los ojos como dos uvas negras i la boca como un punto de granate; en su alma viven amores nuevos i exquisiteces desconocidas.

Es la casta paloma, la blanca perla, la que inspira confianza i cariño: esperad, señorita, Rodolfo os va a decir quién es.

—Es el poeta. ¿Qué hace? Escribe. ¿I cómo vive? ¡Vive!

Los himnos albos al amor eterno, los madrigales galantes, llenan las cuartillas mientras sumido en pobreza el bardo finge de gran señor.

¡Mimí está sola! Cuando llega el primer rayo de sol de abril, ella lo recoge abriendo los ojos i la boca, i su única compañera es una rosa que lentamente la espía.....

Fuera, ronca el barrio Latino sus estrofas maliciosas, i los artistas llaman al poeta para tomar el ajenjo en el hirviente café Momus!.....

En el cielo gris la nieve dibuja sus filigranas, erectos campanarios como triunfos del cristianismo recuerdan a los fieles que llega la media noche, i el poeta de cabellera sedosa apoya sus labios por donde vuelan los besos sobre los de Mimí, i aún sobre su cabecita de ave rueda la caricia de Selene, la madre del poeta, la madre del músico, la madre del pintor, la madre del filósofo!.....

---

### LA RIMA DE ORO

A José Juan Tablada.
A propósito de «El Florilegio.»

Los stradivarios suspiran, los oboes se quejan, los saxofones murmuran i la viola entona el canto. Mármoles afrodisiacos como grandes flores blancas emergen en



los bosquecillos de tilos. Junto a un Mercurio, un abate grácil, suave, estrecha apasionado el talle de niña de una duquesita de quince años. Los pajes de terciopelo i oro, escancian vinos añejos, i Luis XIV, el Rei-Sol, inunda de caricias los senos de las cortesanas, mientras en el cielo del Trianón, las estrellas ocultan sus rubores tras las nubes de primavera.

Vence la báquica fiesta, para las frentes jóvenes los pámpanos más frescos, brillen luces de deseo en las miradas de las adolescentes, i sobre cada hoja de esmeralda, sobre los pechos de las Venus, sobre las virilidades de los Apolos, sobre las cuerdas del glorioso bandolín, aletée el suspiro ahogado, la queja de placer de la enamorada que bajo el palio de las acacias da a la bella boca del joven príncipe el botón rosáceo de su seno de vírgen.

Alba llega, alba rosa, alba rubia. El bosque amanece, piadosa sonata orquestan los pájaros. El último jirón de seda huye tras la esculpida puerta de la litera, i tras una Diana, cerca del álamo más joven, tendido, lívido, abierta la casaca de raso celeste, donde la sangre inunda de púrpura la inmaculada pechera de Alençón, el mancebo blondo agoniza dolorosamente murmurando el nombre de la amada tan bella, tan bella, que el Señor, el Sol, la eligió para que en aquella mañana de primavera, entre sus brazos de tigre real, vibrara el cuerpo núbil de la dulce niña, en tanto los ruiseñores de la campiña orquestaban el epitalamio en un *scherzo* triunfal!....

---

### LA SOUBRETTE

Para Eugenio Fouguère.
De un Salón-Concierto.

Sobre la cara una mueca de muñeca barata, la eterna sonrisa de las provocadoras de deseos, i bajo los ojos largos i pálidos como un cielo de Bohemia, las líneas anchas de la lubricidad.

Bajo la corta falda surgen como dos lirios rojos las gruesas piernas arqueadas, en esa posición fácil e incitante de mujer vestal en ritos dionisíacos, i los pies al pisar el escenario parece que hollaran cabezas prosternadas. Es el deseo en un ritmo, la mirada cruel i prometedora del amador sobre la tersura i redondez de su pecho de buena hembra.

Va el rondó en arpegios monótonos, murmura su canción extraña agitando las desnudeces de sus brazos, i en su boca roja como una herida, la frase apasionada se esponja cual una alondra que aleteara cerca de una lámpara; después, cuando relata cómo la novia moría i el amado lejos desfallecía en cruenta guerra, a sus ojos pálidos como un cielo de Bohemia, subieron dos lágrimas que al rodar sobre sus mejillas destiñeron la pintura de los ojos, dejando dos surcos negros como dos nebulosas en una alborada vernal!.....

I terminó el rondó mientras el violín rumiaba las notas graves de una lenta coda.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

---

# ANTE UN SEPULCRO

Murió el hijo idolatrado, i la madre inconsolable acudía cada año, en el aniversario de aquella horrible pérdida o en la misma fecha memorable en la que vino al mundo aquel ser querido.

Despertábanse como organismos enfermos los árboles del cementerio, el sol asomaba tristemente por entre las



tumbas, o el cielo quebraba su luz azul sobre los mármoles severos de los monumentos.

O bien la tarde se despedía con sus efluvios melancólicos i sus tristezas de ausencia de aquella mansión del sueño eterno, prendiendo los primeros en las cruces i los mausoleos.

I ya a la radiante luz de la mañana, ya entre las vaguedades del crepúsculo vespertino, el culto de aquel amor maternal llenaba de sublime misticismo los palmos de tierra que limitaban las curvas mezquinas del *garambuyo*, i daba a la pobre cruz de ocote, pintada de negro, la majestad del sentimiento.

Llegaba la enlutada víctima de la ausencia material i se ponía de hinojos inmediatamente, sin que nada la contuviera i nada la hiciera retardar el instante del íntimo, del espiritual homenaje.

Echaba sobre su frente de matrona augusta el manto negro, enclavaba las manos delicadas hechas como para la limosna, e inclinaba sobre su pecho dolorido el rostro de *Mater Dolorosa*, en el que surcaban las huellas de un sufrimiento acerbo, i se reflejaban las sombras de un eterno imposible.

Gota a gota caía el llanto hasta convertirse en raudales de amargura, i los ojos radiantes se nublaban.

Brotaba la oración como el perfume de una flor doliente hasta formar el ambiente que deja la plegaria, i los labios, plegados a la risa, se contraían por el gemido.

En tanto los criados nuevos, los que no conocieron al hijo muerto, pero que respetaban el dolor de su señora, habían encendido dos cirios, hecho humedecer el montículo de tierra del sepulcro i colocado ramilletes de flores i coronas.

La madre seguía orando.

Nimbado por la apacible claridad de la mañana, bajo las enramadas que se inclinan ataviadas de sol, aquel

cuerpo aprisionado en traje negro, prosternado ante la tumba, parecía la prolongación de un sueño.

I en las últimas horas de la tarde, cuando velan los sauces las primeras sombras de la noche, las curvas i las esbelteces de aquel cuerpo de matrona, se antojaban esculturales formas bajo un paño negro.

El aspecto de una madre se impone en el alma como un ideal para el creyente; la santidad de la mujer que ha propagado el fruto de su vida hace que nuestro espíritu se arrodille; pero cuando esa madre llora, cuando esa mujer santificada besa la memoria de su hijo en un sepulcro, se postra el corazón i llora el alma.

Flameaban los cirios, i las flores de los ramilletes i de las coronas impregnaban su esencia con hálitos de muerte.

I la dama rezaba i los criados respetaban su dolor.

La oración ascendía con el ambiente, i el culto maternal dejaba un recuerdo.

LÁZARO PAVÍA.

---

# LO HORRIBLE

Iba anocheciendo lentamente.

Las señoras se habían quedado en la sala de la quinta; i los hombres sentados unos i a horcajadas otros en las sillas del jardín, fumaban ante la puerta, formando un círculo alrededor de la mesa redonda cubierta de tazas i de copas.

Sus cigarros brillaban como ojos en medio de la densa



obscuridad. Uno de los presentes acababa de referir una espantosa desgracia ocurrida el día anterior: dos hombres i tres mujeres ahogados en el río, a la vista de los habitantes de la quinta

El General de G.... exclamó por toda contestación:

—Sí; esas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

La palabra horrible quiere decir mucho más que terrible. Una espantosa desgracia como esa, emociona, trastorna, azora, pero no enloquece. Para que se experimente el horror se necesita más que la emoción del alma i más que el espectáculo de una muerte terrible; es preciso un escalofrío de misterio o bien una sensación de terror anormal, fuera del orden establecido por la Naturaleza. Un hombre que muere aun en las condiciones más dramáticas, no causa horror. Un campo de batalla no causa horror, ni tampoco la vista de la sangre, i hasta los crímenes más viles son rara vez horribles.

Voi a citar a ustedes un ejemplo personal, que me ha hecho comprender lo que puede entenderse por el horror.

Lo que voi a referir ocurrió en la guerra de 1870. Nos retirábamos hacia Pont Andemar, después de haber pasado por Ruan. El ejército, compuesto de cerca de veinte mil hombres, derrotados, desbandados, desmoralizados i rendidos de cansancio, iba hacia el Havre con objeto de reorganizarse.

La tierra estaba cubierta de nieve i empezaba a anochecer. Los soldados no habían probado bocado desde la víspera i huían precipitadamente, puesto que no andaban lejos los prusianos.

Todo el campo normando, lívido, manchado por las sombras de los árboles que rodean las casas de labranza, se extendía bajo un cielo negruzco, pesado i siniestro. No se oía más que un ruido confuso, suave, i, sin embargo, desmedido, de una multitud que camina, un pisoteo

interminable, unido a un vago rumor ocasionado por el choque de los platos del rancho o por el arrastre de los sables. Dos soldados, encorvados, sucios i hasta harapientos, se arrastraban apresuradamente por la nieve, abatidos o derrengados.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, porque la helada era espantosa aquella noche. A veces se veía a un pobre soldado quitarse sus zapatos para andar descalzo, pues sufría extraordinariamente con su calzado. El infeliz dejaba a cada paso una huella de sangre. Después, al cabo de algún tiempo se sentaba en un campo con objeto de descansar i no volvía a levantarse jamás. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

¡Cuántos pobres soldados dejamos tras de nosotros, que, rendidos de fatiga, contaban de reanudar a los pocos instantes la marcha, tan pronto como hubiesen logrado proporciodar algún descanso a sus entumecidas piernas!

Pero apenas habían dejado de moverse i de hacer circular por su helada carne su sangre casi inerte, un abotagamiento invencible les clavaba en tierra, les cerraba los ojos, les paralizaba en un segundo aquel mecanismo humano que no podía resistir por más tiempo.

Los soldados inclinaban la cabeza sobre sus rodillas, sin caer en tierra, porque sus riñones i sus miembros permanecian inmóviles, duros como un palo, imposibles de adquirir otra posición.

I nosotros, los más robustos, seguíamos andando, helados hasta la médula de los huesos, avanzando por la fuerza del movimiento inicial, en medio de la nieve, por aquel campo frío i mortal, anonadados por el pesar, por la derrota, por la desesperación, i sobre todo, agobiados por la abominable sensación del abandono, de la muerte, de la nada.

De pronto noté la presencia de dos gendarmes que tenían sujeto por el brazo a un hombrecillo de rara catadura, viejo, barbilampiño i de aspecto sorprendente.



Buscaban a un oficial en la creencia de que habían capturado un espía.

La palabra «espía» circuló inmediatamente por entre los rezagados i se formó un círculo en torno del prisionero.

Una voz exclamó:

¡Hai que fusilarle!

I todos los soldados, que se morían de cansancio, no sosteniéndose en pie sino porque se apoyaban en sus fusiles, sintieron ese estremecimiento de furiosa indignación que induce a las masas a la matanza.

Quise hablar. Yo era entonces comandante; pero nadie reconocía ya a los jefes i hasta hubieran sido capaces de fusilarme.

Uno de los gendarmes me dijo:

—Hace tres días que nos sigue i pide a todo el mundo noticias sobre la artillería.

Traté de interrogar a aquel hombre i le dije:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere usted? ¿Por qué acompaña usted al ejército?

El prisionero murmuró unas cuantas palabras en un «patois» ininteligible.

Era el tal sujeto un individuo mui raro, de estrechos hombros i de mirada socarrona, i estaba tan turbado ante mí que llegué a convencerme de que en efecto era un espía.

Los soldados que nos rodeaban, gritaban sin cesar:

—¡A fusilarle! ¡A fusilarle!....

—¿Responden ustedes del prisionero?—dije a los gendarmes.

No había acabado de hablar, cuando fuí derribado por terrible empujón, i en un segundo vi al espía en poder de la soldadesca, lanzado a tierra, golpeado, arras-

trado al borde del camino i lanzado contra un árbol. El infeliz cayó casi exánime en medio de la nieve, i acto continuo fué fusilado.

Los soldados disparaban contra él, volvían a cargar sus armas i disparaban nuevamente con brutal encarnizamiento.

Después desfilaban ante el cadáver i le disparaban encima como se desfila ante un ataúd para echarle agua bendita.

De pronto se oyó un grito:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

I oí en todo el horizonte el inmenso rumor del aterrado ejército que corría precipitadamente.

El pánico producido por los disparos hechos sobre el cadáver del espía había anonadado a los soldados que habían disparado, los cuales, sin comprender que el espanto procedía de ellos mismos, echaron a correr i desaparecieron en la obscuridad.

Yo permanecí sólo ante el cadáver, acompañado de los gendarmes, a quienes su deber había obligado a no separarse de mi lado.

Mis acompañantes levantaron aquella masa triturada, molida i sangrienta.

—Hai que registrarle—les dije.

I les dí una caja de cerillas que tenía en el bolsillo. Uno de los gendarmes alumbró al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El gendarme que manejaba el cadáver, manifestó:

—Lleva blusa azul, camisa blanca, pantalones i un par de zapatos.

Apagóse el primer fósforo: encendióse otro, i el gendarme dijo volviéndole los bolsillos.

—Un cuchillo, un pañuelo de cuadros, una tabaquera, un trozo de bramante i un pedazo de pan.

La segunda cerilla se apagó también i se encendió la



tercera. El gendarme, después de haber palpado durante largo rato el cadáver, exclamó:

—¡No hai nada más!

—Desnúdele usted—dije.—Quizá encontremos algo oculto entre el vestido i la piel.

I para que los dos gendarmes pudiesen trabajar a un mismo tiempo, me puse a alumbrarles. Al resplandor de la cerilla veíales quitar una a una las prendas de vestir i dejar desnuda aquella sangrienta masa de carne, todavía caliente i muerta.

De pronto, uno de los gendarmes exclamó:

—¡Vive el cielo, mi comandante, es mujer!

No acierto explicar qué extraña i punzante sensación de angustia me agitó el corazón. No podía creerlo i me arrodillé en la nieve ante aquel bulto informe para verlo más de cerca. ¡Con efecto, era una mujer!

Los dos gendarmes, perplejos i desmoralizados, esperaban que emitiese yo mi parecer.

Pero yo no sabía qué suponer.

Al cabo de algunos instantes, dijo uno de mis acompañantes:

—Tal vez venía en busca de su hijo que era quizás artillero, i del cual no tendría noticias.

I el otro soldado contestó:

—¡Es mui posible!

I yo que había presenciado muchas cosas terribles, me eché a llorar. I ante aquella muerta, en aquella noche helada, en medio de aquella sombría llanura, ante aquella desconocida asesinada, comprendí el verdadero significado de la palabra «horror.»

Ahí tienen ustedes lo que nos refirió la otra tarde el general de G.....

GUY DE MAUPASSANT.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"